

EL LIBRO DE MATEO

Lección 90, Capítulo 26 (continuación 2)

Comenzamos hoy con lo que se conoce como la intrigante Última Cena. Es evidente, por la forma en que se narra este evento en todos los relatos de los Evangelios, que cada autor lo considera de gran importancia dramática para quienes aman y confían en Jesús de Nazaret, así como uno de los grandes hitos en el camino de la historia de la redención. Cuando concluimos nuestro estudio de Mateo 26 la semana pasada, nos encontrábamos en el momento en que Jesús revelaba que estaba a punto de ser traicionado por uno de sus 12 discípulos. Naturalmente, 11 de esos discípulos quedaron conmocionados y sacudidos ante esta noticia, y probablemente un poco confundidos. El duodécimo discípulo, Judas, debió de estar igualmente sorprendido, ya que se preguntaba cómo era posible que Yeshua supiera del complot secreto que él mismo había urdido apenas unas horas antes con algunos miembros del sumo sacerdocio para entregar a Cristo al Sanedrín con el fin de condenarlo y luego matarlo. Así que, a medida que cada discípulo, por turno, pregunta si será él, finalmente le toca el turno a Judas, quien, con engaño, formula la misma pregunta. A lo que Yeshua responde afirmativamente: «Las palabras son tuyas».

Ahora desenmascarado como el traidor, al parecer Judas permaneció con los 12 un poco más, recostado a la mesa, mientras Yeshua dirigía una ceremonia solemne que hoy vamos a analizar con mucho cuidado. Uno pensaría que Judas podría haber huido en ese momento, o que habría algún tipo de relato de Mateo sobre la reacción de los otros discípulos hacia su compañero Judas, pero, curiosamente, no hay ninguno. Más bien, las cosas parecen seguir su curso como si nada fuera de lo común hubiera sucedido. Los eruditos bíblicos se han preguntado, durante siglos, por qué algo tan obvio y previsible como la huida de Judas, o que los demás discípulos se enfurecieran, o que Jesús lo expulsara de su presencia, no fue registrado por ninguno de los escritores de los Evangelios. No voy a presentar las pocas especulaciones que intentan explicar esto, salvo para decir que, hasta este momento, lo que hemos presenciado es que el círculo cercano de los 12 de Cristo se ha dedicado a promocionarse a sí mismos y a preocuparse por sí mismos todo el tiempo. No puedo evitar la sensación de que, debido a esta mentalidad bastante impropia, los 11 inocentes se sintieron más aliviados de que Jesús no los viera como los traidores que entristecidos por el hecho de que la vida de su Maestro pronto sería

extinguida a causa de la maldad de Judas. Así que, en cierto modo, compartimentaron ese pensamiento (algo en lo que los hombres siempre han sido buenos, para bien o para mal), y continuaron con su cena y la ceremonia festiva tradicional que la acompañaba. Yeshua, también, parece haber dejado de lado por el momento esta trágica realidad para hacer algo que se convertiría en un elemento central de la liturgia de la Iglesia institucional; algo que mucho más tarde se llegó a llamar la Comunión.

Leamos un pasaje de Mateo 26.

LEA MATEO, CAPÍTULO 26:23 – 30

El versículo 23 dice que el discípulo que moje su **matzah** en el plato junto con Cristo será quien lo traicione. El versículo 24 dice que Yeshua revela que esta traición resultará en su muerte; sin embargo, lo que le espera a este traidor es tan terrible de contemplar que hubiera sido mucho mejor para él que su madre nunca le hubiera dado la vida. Y el versículo 25 revela al grupo que el traidor es Judas.

Quiero hacer una pausa por un momento para resaltar algo que a veces surge entre los cristianos con respecto a esta escena. Es lo siguiente: dado que estaba escrito (fue profetizado, es decir, determinado por Dios) que el Mesías sería asesinado injustamente en una cruz, y por lo tanto era algo que tenía que suceder como momento crucial en la historia de la redención, entonces el hecho de que se debiera en gran medida a las acciones de Judas debe considerarse con cierta misericordia. Es decir, parece que Judas estuvo predestinado desde tiempos inmemoriales a ser el facilitador de esta inmensa tragedia que, al mismo tiempo, es la joya de la corona de la expiación para la humanidad. Por lo tanto, tal vez se deba ver a Judas como alguien digno de lástima, e incluso exonerado por Dios por su traición contra Yeshua, ya que necesariamente siempre tendría que recaer sobre alguien cercano a Él la tarea de cometer ese acto atroz. Y, dado que Dios no comete errores, el hecho de que Judas haya sido admitido en el grupo de los 12 como uno de los primeros y más cercanos discípulos de Jesús significa que, en realidad, Judas era un creyente que cometió un lamentable error del cual se arrepintió y fue perdonado... y lo que hizo no fue tan diferente de lo que hizo otro discípulo que se ganó el desafortunado apodo de Tomás el Incrédulo.

Por cierto, he oído aplicar esta misma lógica a Hitler, el autor del

Holocausto. Es decir, fue a Hitler a quien Dios predeterminó utilizar para llevar a los judíos de regreso a su tierra natal, y fue la culpa del mundo por no intervenir y ayudar a los judíos lo que proporcionó el impulso para devolver oficialmente la Tierra Santa a los judíos a fin de que volvieran a formar su antigua nación. Hitler siempre se había identificado como cristiano, hasta el momento de su suicidio. Por lo tanto, al final, Hitler fue la herramienta de Dios como facilitador de algo terrible con el fin de lograr algo bueno. Uno podría cuestionarse esta conclusión inquietante y desagradable, salvo por una cosa: Yeshua dijo esto acerca de aquel que lo traicionaría... **«Sería mejor para él que nunca hubiera nacido»**. Esto solo puede referirse al tormento eterno que Judas sufriría, y sin duda también para Hitler. En resumen: el mal nunca, jamás, es aceptable para Dios, incluso si al final surgiera algo bueno de él. Nunca, jamás, es aceptable traicionarlo o alejarnos de nuestra lealtad hacia Él. Si bien no hay forma de que yo pueda descubrir con certeza qué pensaba exactamente Judas respecto a Cristo, no hay ni una sola palabra registrada sobre él que implique que, cuando se convirtió por primera vez en discípulo de Yeshua, no lo hiciera con sinceridad. Lo único que realmente sabemos de Judas es que, en algún momento, se desilusionó, o se llenó de dudas, o simplemente se volvió codicioso, y se alejó del Hijo de Dios como su Señor y Mesías.

Con el versículo 26, comienza la ceremonia de la Última Cena (o Cena del Señor). He dedicado gran parte de su tiempo durante las últimas semanas a analizar minuciosamente las fiestas bíblicas de la Pascua y los Panes sin Levadura con el fin de llevarlos a la importante conclusión de que es imposible que la cena de la que estamos leyendo fuera la comida de la Pascua ordenada bíblicamente (o seder, como se conoce en el judaísmo). En resumen, esto se debe a que la comida de la Pascua siempre se consume **no** durante la Pascua misma, sino el primer día de la fiesta de siete días que comienza al día siguiente... la Fiesta de **los Panes sin Levadura**. Además, el apóstol Juan nos dice que Cristo fue crucificado en la Pascua (también conocida como el Día de la Preparación en aquella época). Fue durante el día, en la tarde de la Pascua, cuando se sacrificaron y luego se cocinaron los corderos pascuales. Dado que no se puede celebrar la cena pascual sin el cordero cocinado, no hay forma de que la Última Cena haya sido también la cena pascual bíblica. Veamos qué dice el apóstol Juan al respecto.

Juan 19:13-18 ¹³ **Cuando Pilato oyó lo que decían, sacó a Yeshua afuera y se sentó en el tribunal, en el lugar llamado El Pavimento (en arameo, Gabta);** ¹⁴ **era cerca del mediodía del Día de la Preparación para la Pascua. Les dijo a los judíos: «¡Aquí tienen a**

su rey!» ¹⁵ Ellos gritaban: «¡Llévatelo! ¡Llévatelo! ¡Crucifícalo!». Pilato les dijo: «¿Quieren que crucifique a su rey?». Los sumos sacerdotes respondieron: «No tenemos más rey que el Emperador». ¹⁶ Entonces Pilato les entregó a Yeshua para que lo crucificaran. Así que se hicieron cargo de Yeshua. ¹⁷ Llevando él mismo la cruz, salió al lugar llamado Calavera (en arameo, Golgota). ¹⁸ Allí lo crucificaron junto con otros dos, uno a cada lado, con Yeshua en el medio.

Y luego, al final del capítulo 19 de Juan, refuerza esto al decir:

Juan 19:42 *⁴²Así que, como era el día de la Preparación para los judíos, y como la tumba estaba cerca, allí fue donde enterraron a Yeshua.*

Juan utiliza el lenguaje más claro de todos los relatos evangélicos para precisar el día de la crucifixión de Cristo. Como ya hemos aprendido, el «Día de la Preparación» era un apodo que se le daba al día de la Pascua, ya que era en ese día cuando, según la costumbre, se realizaban todos los preparativos para la cena pascual. Es decir, porque inmediatamente después del anochecer se debía consumir la cena pascual ya preparada; y dado que un nuevo día comienza al atardecer, entonces la Pascua termina y comienza el primer día de Matzah. Y el primer día de Matzah es un Gran Sábado ordenado bíblicamente (no el séptimo día habitual del Sábado) en el que no se debía realizar ningún trabajo (incluida la preparación de alimentos). Así pues, aunque la Última Cena sí ocurrió durante la Pascua, fue durante la primera o las dos primeras horas del día (que comienzan justo después de la puesta del sol); ocurrió varias horas antes del sacrificio de los corderos que tendría lugar más tarde, durante el día de la Pascua.

Fíjate en otra cosa que queda un poco oculta en este versículo de Juan 19: Juan dice «era el día de la Preparación **para los judíos**». Nuestros ojos tienden a pasar esto por alto, pero cuando nos detenemos a reflexionar sobre ello, resulta un poco extraño decirlo. ¿Para quién más sería el Día de la Preparación? La cuestión es la siguiente: en griego, la palabra que la CJB traduce correctamente como «judíos» es **Ioudaios**. Si bien esto se traduce habitualmente al inglés como «Jew» o «Jewish», eso no da en el blanco. El significado literal (dependiendo del contexto), en términos generales, es «judío» o una persona considerada parte de la tribu de Judá. Y estas dos identificaciones no son precisamente lo mismo.

Un judío era un residente del distrito administrativo romano llamado Judea. Es como decir «floridano», «californiano» o «neoyorquino». La diferencia es que este término solo se aplicaba a un residente del distrito de Judea que además fuera hebreo (un gentil que viviera en Judea probablemente no se habría llamado a sí mismo judeo). Por otro lado, una persona de la tribu de Judá es técnicamente un judita. Mientras que «judita» es una identificación tribal, «judeo» es una identificación nacional. En la época de Yeshua, debido a que la tribu de Benjamín se había fusionado, en cierto modo, con la tribu de Judá siglos antes, incluso una persona de la tribu de Benjamín, para la época de Cristo, solía llamarse a sí misma judita. Las afiliaciones tribales se habían convertido en algo del pasado lejano para los hebreos, y no formaban parte habitual de su identidad o conversación, pero surgían de vez en cuando, de la misma manera que en algunas ocasiones todos podríamos hablar de nuestros antepasados lejanos. Así pues, cuando Juan dijo que era el día de la preparación para los **judíos**, debemos entender que esto significaba que era el día de la preparación para los residentes de Judea. En las tradiciones desarrolladas por los residentes hebreos de Judea, el día de la Pascua, en algún momento, pasó a considerarse el día de la Preparación. Pero ni Cristo ni sus discípulos eran judíos; eran galileos. Los galileos habían desarrollado su propio conjunto de tradiciones para celebrar las fiestas, que eran distintas de las de los judíos. Por lo tanto, lo que da a entender el apóstol Juan es que los galileos no habían apodado al día de la Pascua como el día de la Preparación; más bien, eso fue una innovación de los judíos. Recuerden que todos, excepto los judíos, tenían que empacar y viajar entre unos pocos y varios días para llegar a Jerusalén con motivo de las fiestas de la Pascua y los Panes sin Levadura, por lo que es fácil entender por qué, por razones prácticas, hubo que crear algunas tradiciones que lo permitieran.

Así pues, la Cena del Señor era una especie de evento tradicional galileo previo a la Pascua que los judíos no practicaban. Entre los eruditos bíblicos cristianos es común observar que, cuando leemos acerca del plato en el que Cristo dice que Él y el traidor pondrían su pan, y cuando leemos acerca de tomar el vino, debemos equiparar esto con el protocolo del seder de la Pascua. Aunque no lo sabemos con certeza, la documentación más antigua sobre las costumbres y los protocolos de las fiestas bíblicas es la Mishná. El problema es que la Mishná se compiló en el siglo III, mucho después de la época de Cristo. Dicho esto, la mayor parte de lo que finalmente se puso por escrito no eran más que prácticas de larga data que hasta entonces se habían transmitido como tradiciones orales. En otras palabras, no fue que al escribir la Mishná se

crearan de repente todas las nuevas tradiciones; más bien, la mayor parte de lo que encontramos en ella ya se había practicado durante mucho tiempo. Solo que ahora, por fin, se documentó formalmente. Esto significa que la forma en que se celebran hoy la Pascua y la Fiesta de los Panes sin Levadura es probablemente muy similar a cómo se hacían en la época de Cristo. Por lo tanto, a menudo se afirma que el tazón en el que se mojaba la **matzah** podría haber contenido el agua salada utilizada en la ceremonia, o tal vez fuera el **harosheth** (una mezcla dulce de manzana y miel), o incluso las hierbas amargas. No creo que fuera ninguna de estas opciones porque este no era el seder de Pascua galileo; más bien se trataba de algún tipo de comida previa a la Pascua.

Además, lo que dice la CJB de que era la **matzah** la que se sumergía en el tazón es una suposición de David Stern. La mayoría de las otras traducciones al español simplemente dicen «pan». Sin embargo, la palabra griega es **cheir**, que no significa ni **matzah** ni pan; significa algo así como «mano». Así que, literalmente, la idea es que alguien metió la mano en un tazón, lo que significa que usó la mano para mojar algún alimento no identificado en el tazón. Solo se supone que lo que se mojó fue pan común o pan sin levadura, pero eso no se indica en el pasaje. Dado que bíblicamente **no** se exige comer pan sin levadura el día de la Pascua, las diferentes denominaciones cristianas han interpretado de manera distinta cómo celebrar la Comunión. Algunos usan pan común con levadura, otros solo pan sin levadura. La única razón por la que yo preferiría el pan sin levadura es porque Jesús identifica este pan con su cuerpo, que es un cuerpo sin pecado, y la levadura es la metáfora bíblica habitual para el pecado.

El versículo 26 explica que Cristo, como oficiante de la ceremonia, tomó el pan (probablemente era **matzah**), lo partió y luego se lo dio a sus discípulos. Este era el protocolo habitual en las comidas judías. Al partir el pan, y antes de distribuirlo, habría pronunciado la bendición sobre él (lo que la CJB denomina **«b'rakhah»**) con las palabras tradicionales: **«Baruch ata Adonai Eloheinu melech ha'olam hamotzi lechem min ha'aretz»**. En español: «Bendito seas, oh Señor nuestro Dios, rey del universo, que sacas el pan de la tierra». Pero luego dijo algo que distaba mucho de ser habitual. Les dijo que tomaran y comieran esta **matzah** como representación de su cuerpo. No estoy del todo seguro de qué habrán pensado sus discípulos al respecto; de hecho, esto (junto con la siguiente bendición y lo que Yeshua dice que representa) debe haber causado la más profunda consternación entre todos sus futuros seguidores. Y creo que es por eso por lo que el apóstol Pablo consideró

tan necesario explicarlo con detalle (lo veremos en breve).

A continuación, en el versículo 27, Yeshua toma la copa de vino y les dice a todos que beban de ella. Pero antes de que Él o ellos la beban, en el versículo 28 se nos dice que Él da una bendición sobre ella, y luego les dice a los discípulos que este vino representa Su sangre, pero también lo hace en el sentido de ratificar un nuevo pacto. Y que la sangre (representada por el vino tinto) debe verse como su sangre derramada en favor de muchos, la cual expía sus pecados. Hay mucho que analizar aquí.

En primer lugar, la bendición que Él habría pronunciado sobre el vino es: **«Barukh ata Adonai Eloheinu melek ha'olam borei p'ri hagafen»**. En español: «Bendito seas, oh Señor nuestro Dios, rey del universo, que creas el fruto de la vid». Que Jesús utilizó esas palabras lo confirma el versículo 29, cuando, tras la bendición sobre el vino, les dice a sus discípulos que no volverá a beber este «fruto de la vid» hasta que lo haga con ellos en el Reino.

Debemos entender que esta bendición sobre el pan y el vino era bastante común durante las comidas y no se limitaba a las fiestas religiosas. Lo que **es** diferente es cómo Yeshua los utiliza como símbolos y metáforas de su cuerpo y su sangre. ¿Cómo se supone que debemos entender todo esto? Comencemos diciendo que el cuerpo y la sangre juntos significan, en esencia, todo lo que Jesús es como ser humano. Son un símbolo de Él como ser creado, traído a este mundo por su madre humana, Miriam. Así pues, la idea es que sus seguidores deben identificarse plenamente con Él en su humanidad y en su muerte (y más tarde en su resurrección). Sin embargo, es también aquí donde obtenemos una explicación más completa de la misteriosa naturaleza redentora del cuerpo y la sangre de Cristo. Es aquí donde aprendemos que el sacrificio de su cuerpo y su sangre (todo su ser) traerá el perdón de los pecados para «muchos». Eso no habla de su humanidad, sino más bien del aspecto divino de su naturaleza; y estoy seguro de que fue algo que debió haber dejado perplejos a sus discípulos. Además, las palabras registradas NO dicen que Su sacrificio perdona a «todos», sino que perdona a «muchos». La traducción de «muchos» y no de «todos» es correcta y, por supuesto, de ninguna manera significa lo mismo. ¿Quiénes son los «muchos» a quienes, según Yeshua, se les perdona? Eso aún está por definirse. Sin embargo, hay más que analizar.

Hemos comentado en varias ocasiones que a lo largo del Evangelio de Mateo se ha descrito a Yeshua como el segundo Moisés. Moisés fue el

primer mediador de Israel y también su redentor; Jesús es el segundo. Por lo tanto, vemos que Cristo utiliza términos y símbolos que emplearon Moisés y los profetas (con el fin de afianzar esa conexión), y uno de los principales es el elemento espiritualmente necesario de la sangre en el establecimiento de un pacto. En Éxodo, capítulo 24, leemos:

Éxodo 24:4-8 ***⁴ Moisés escribió todas las palabras de ADONAI. Se levantó temprano por la mañana, construyó un altar al pie de la montaña y erigió doce piedras grandes para representar a las doce tribus de Israel. ⁵ Envío a los jóvenes del pueblo de Israel a ofrecer holocaustos y sacrificios de paz de bueyes a ADONAI. ⁶ Moisés tomó la mitad de la sangre y la puso en cuencos; la otra mitad de la sangre la roció contra el altar. ⁷ Luego tomó el libro del pacto y lo leyó en voz alta, para que el pueblo pudiera oírlo; y ellos respondieron: «Todo lo que ADONAI ha dicho, lo haremos y obedeceremos». ⁸ Moisés tomó la sangre, la roció sobre el pueblo y dijo: «Esta es la sangre del pacto que ADONAI ha hecho con ustedes de acuerdo con todas estas palabras».***

Así pues, en la Última Cena, mediante las bendiciones y el simbolismo del vino como sangre... la sangre de Cristo... este es **el** elemento necesario para ratificar el nuevo pacto. ¿Qué es el **nuevo** pacto? Primero debemos escuchar algo que tal vez resulte un poco incómodo: no todas las transcripciones del Nuevo Testamento en griego antiguo incluyen la palabra «nuevo»... solo algunas. Lo que encontramos con frecuencia en los manuscritos griegos más antiguos de los Evangelios es que se cita a Cristo diciendo: «Esta es la sangre del pacto, que es derramada por muchos para el perdón de los pecados». La ausencia de la palabra «nuevo» no es una anomalía exclusiva del Evangelio de Mateo; encontramos lo mismo en el Evangelio de Marcos. La mayoría de los manuscritos griegos antiguos del Nuevo Testamento correspondientes a Marcos NO incluyen la palabra «nuevo» antes de la palabra «pacto». Marcos 14:24 se lee casi de manera idéntica a Mateo 26:28. La conclusión a la que han llegado varios excelentes eruditos e investigadores bíblicos es que la razón por la que la palabra «nuevo» aparece siquiera en algunos de los antiguos manuscritos griegos del Nuevo Testamento de Mateo y Marcos es porque fue agregada siglos más tarde por las autoridades institucionales de la Iglesia cristiana primitiva para que se ajustara a Lucas 22:20. Todos los manuscritos griegos antiguos de Lucas parecen incluir la palabra «nuevo» delante de la palabra «pacto»; así que Lucas escribe que es el **Nuevo** Pacto el que Cristo está ratificando con su sangre. Entonces, ¿por qué todos los

manuscritos del Evangelio de Lucas lo llaman el «nuevo pacto», mientras que los manuscritos de Marcos y Mateo a menudo lo llaman simplemente el «pacto»? Una pista es que el Evangelio de Lucas fue escrito DESPUÉS de los de Mateo y Marcos. Hay una muy buena razón por la que Lucas habría agregado la palabra «nuevo» para formar «nuevo pacto», y pronto hablaremos de cuál pudo haber sido esa razón.

Entonces, ¿qué significa esto teológicamente si Yeshua solo dijo «esta es mi sangre del pacto» y no «esta es mi sangre del **Nuevo** Pacto»? Voy a complicar un poco más las cosas al decir que la CJB agrega la palabra «ratifica» para formar «mi sangre que ratifica el Nuevo Pacto». La palabra «ratifica» (o cualquier término similar) no aparece en ningún manuscrito griego antiguo de Mateo. La inserción de la palabra «ratifica» cumple un propósito interpretativo para el autor de la CJB, al suponer que existe un **nuevo** pacto que necesita ser ratificado por la sangre de Yeshua, en contraposición al texto que habla de lo que solo puede ser el pacto existente de Moisés. Se podría interpretar fácilmente este versículo en el sentido de que agregar la sangre de Yeshua al Pacto de Moisés logra algo que hasta ahora no se podía hacer: ofrecer un solo sacrificio en nombre de muchos.

He escuchado a innumerables pastores decir que la verdadera innovación que se ha creado es que la sangre de Yeshua perdona los pecados, mientras que el Pacto de Moisés, con sus sacrificios de sangre de animales, solo los «cubre» (sea cual sea el bien que eso haga, o sea lo que sea que se suponga que signifique). Eso no es bíblicamente correcto. Mucho antes de que Yeshua naciera, a una persona que pecaba y realizaba el sacrificio que exigía la Ley de Moisés se le perdonaba de hecho su pecado, y así se afirma de manera inequívoca innumerables veces en la Torá. También se requería un arrepentimiento sincero, pero eso, junto con el sacrificio adecuado en el altar, de hecho, perdonaba el pecado ante los ojos de Dios. Por lo tanto, no podemos buscar ahí cuál podría ser la diferencia entre la eficacia de la sangre de toros y cabras derramada en el altar y la sangre de Cristo derramada en la cruz en lo que respecta al poder expiatorio.

Sin embargo, si suponemos que el pacto del que habló Yeshua era, en efecto, un **nuevo** pacto, ¿a qué se refiere exactamente? Porque sea lo que sea, ciertamente no encontramos en los relatos de los Evangelios el registro ni siquiera la insinuación de que Él creara de la nada algún nuevo pacto con nombre propio; algo que nunca antes hubiera existido. La interpretación habitual es que se refiere a Jeremías 31; y estoy de

acuerdo en que, de hecho, si alguna vez habló realmente de un «nuevo» pacto, entonces Jeremías 31 es el lugar lógico donde buscarlo. Primero leeré la parte que la mayoría de los cristianos han oído citar a nuestras autoridades eclesiásticas. Luego, leeré los versículos que siguen a este breve pasaje y que sitúan lo dicho en su contexto adecuado.

Jeremías 31:30-32 ³⁰*«He aquí que vienen días —dice ADONAI— en que haré un nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. ³¹ No será como el pacto que hice con sus padres el día en que los tomé de la mano y los saqué de la tierra de Egipto; porque ellos, por su parte, violaron mi pacto, aunque yo, por mi parte, fui como un esposo para ellos», dice ADONAI. ³² «Porque este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días», dice ADONAI: «Pondré mi Torá dentro de ellos y la escribiré en sus corazones; yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo».*

Aquí hay otra versión de este último versículo que quiero compartir con ustedes, tal como se traduce más comúnmente en las Biblias en inglés.

Jeremías 31:33 *«Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días», declara el SEÑOR: «Pondré mi ley en su interior y la escribiré en sus corazones; y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo».*

Mientras que la CJB dice que el Señor pondrá la Torá en el corazón de las personas, todas las demás versiones en español dicen que el Señor pondrá Su Ley en sus corazones. Entonces, ¿implica esto la creación de una «Ley» completamente nueva, que nunca antes existió, y que Dios pondrá en los corazones de aquellos a quienes ha elegido? La Iglesia institucional, históricamente, ignora en cierto modo esta parte del versículo y dice que, en realidad, lo que se pone en nuestros corazones es el Espíritu Santo. Así pues, con esta innovación, el Espíritu Santo reemplaza a la Ley. Eso es todo menos lo que dice el pasaje. Entonces, ¿de qué ley se trata aquí? O bien es la Ley que ya existía (la Ley de Moisés), o bien es alguna ley misteriosa, tácita y completamente nueva que no se encuentra en ninguna parte de la Biblia. Más bien, la única novedad de este nuevo pacto que Jeremías registra es que, en lugar de existir únicamente en tablas de piedra o en pieles de oveja... es decir, la Ley como algo externo a los seres humanos... Dios escribirá milagrosamente Su Ley en las mentes (los corazones) de Su pueblo. Lo externo se vuelve interno.

Es más, ¿con quién exactamente establece Dios el nuevo pacto de Jeremías? El versículo 31 dice explícitamente que lo establecerá con la casa de Israel y la casa de Judá. Es decir, con todas las tribus de Israel. Aquí no se incluye a los gentiles; y, desde luego, no se menciona a la Iglesia de los gentiles. Y, sin embargo, así es exactamente como la Iglesia institucional le da la vuelta al significado de este pasaje. Prometí que leeríamos un poco más de Jeremías 31.

Jeremías 31:34-36 ³⁴ *Así dice ADONAI, quien da el sol como luz para el día, quien estableció las leyes para que la luna y las estrellas iluminen la noche, quien agita el mar hasta que rugen sus olas —ADONAI- Tzva'ot es su nombre—:* ³⁵ *«Si estas leyes se apartan de mi presencia», dice ADONAI, «entonces la descendencia de Israel dejará de ser una nación ante mí para siempre.»* ³⁶ *Así dice ADONAI: «Si el cielo de arriba se puede medir y los cimientos de la tierra se pueden sondear, entonces rechazaré a toda la descendencia de Israel por todo lo que han hecho», dice ADONAI.*

Ese pasaje deja muy claras dos cosas sobre lo que sea que sea este nuevo pacto: primero, las leyes ordenadas por Dios no desaparecerán. Y segundo, para que el punto quede lo más claro posible, el Señor dice que, si estas leyes alguna vez se apartaran de su presencia, solo entonces Israel y su descendencia dejarían de ser una nación. La Ley sigue vigente, y solo si se midiera el cielo (el universo) y se sondara la tierra (una expresión que significa algo que no puede suceder y nunca sucederá), Dios rechazaría a Israel. Yeshua refuerza estas ideas 700 años después.

Utilizando imágenes muy similares a las que Jeremías registró, durante el Sermón del Monte Jesús dice:

Mateo 5:17-19 ¹⁷ *«No piensen que he venido a abolir la Torá o a los Profetas. No he venido a abolir, sino a cumplir.* ¹⁸ *¡En verdad les digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni siquiera un yud ni un trazo pasará de la Torá, hasta que todo lo que debe suceder haya sucedido.* ¹⁹ *Por eso, quien desobedezca la más pequeña de estas mitzvot y enseñe a otros a hacer lo mismo, será llamado el más pequeño en el Reino de los Cielos. Pero quien las cumpla y así las enseñe, será llamado grande en el Reino de los Cielos.*

En Jeremías 31, Dios dice que la Ley no va a desaparecer; sin embargo, Él va a poner esa Ley dentro de los seres humanos, en lugar de que exista solo externamente; y Cristo refuerza esa idea en Mateo 5 y, de hecho, a lo largo de todo su Sermón del Monte. Suponiendo que Jeremías 31 sea la fuente de este «nuevo pacto», lo único que sabemos con certeza es que no se trata de un pacto que reemplace nada, y mucho menos el pacto de Moisés. Bíblicamente, ningún pacto hecho entre Dios y el hombre es jamás abolido o reemplazado; pero sí se añaden otros nuevos. En mi opinión, en la Última Cena, Yeshua anuncia que ha llegado el momento del nuevo pacto profetizado en Jeremías 31, y que entra en vigor en el momento en que Su sangre es derramada en la cruz. Además, el nuevo pacto consiste en las Leyes que Dios le dio a Moisés (la Torá), las cuales ahora han sido milagrosamente colocadas en los corazones y las mentes de sus elegidos. Es decir, ya no se trata de una obediencia mecánica a lo que es esencialmente un libro de reglas, sino que la intención sincera y la esencia subyacente a la Ley de Moisés se fusionarán en las mentes de aquellos que aman a Dios y demuestran fe en Él al amar y comprometerse con su Hijo, Jesucristo. El nuevo pacto en la sangre de Cristo no anuló la Ley de Moisés; la interiorizó en nuestra propia naturaleza, permitiendo una devoción más profunda hacia ella y brindando a los creyentes la capacidad de cumplirla con el espíritu amoroso y justo que Dios desea. Esto quedaría simbolizado por el acto muy real que ocurriría unos 50 días después de la muerte de Yeshua. En la fiesta de Shavuot (Pentecostés), el Espíritu Santo vendría como la encarnación de la Ley y moraría en nosotros.

Unos 30 años después de la ejecución de Cristo, el apóstol Pablo sintió la necesidad de instruir a sus compañeros sobre esta ceremonia de la Última Cena con pan y vino, sin duda porque esto preocupaba enormemente, especialmente a los judíos. La idea de comer pan como si fuera carne y beber vino como si fuera sangre sonaba a canibalismo para el pueblo judío y, en cualquier caso, comer sangre de cualquier tipo estaba expresamente prohibido. Así que incluso la representación simbólica de Yeshua no fue bien recibida en absoluto. Como resultado, Pablo, el erudito judío que había asistido a la prestigiosa escuela rabínica de Gamaliel, hizo lo que hacen los rabinos capacitados: elaboró un drash (un midrash) al respecto y se lo enseñó a sus seguidores.

1 Corintios 11:23-26 ²³ *Porque lo que recibí del Señor es precisamente lo que les transmití: que el Señor Yeshua, la noche en que fue traicionado, tomó pan; ²⁴ y después de haber pronunciado la b'rakhah, lo partió y dijo: «Este es mi cuerpo, que es para ustedes. Hagan esto en memoria de mí»; ²⁵ y de*

igual manera, después de la cena, tomó la copa, diciendo: «Esta copa es el Nuevo Pacto sellado con mi sangre; hagan esto, cada vez que la beban, en memoria de mí». ²⁶ Porque cada vez que comen este pan y beben de esta copa, proclaman la muerte del Señor, hasta que él venga.

Aquí tenemos una perspectiva que Pablo agrega a la ceremonia de la Última Cena y que, al parecer, Yeshua no incluyó, pues es aquí donde encontramos la instrucción: «Cada vez que la beban, háganlo en **memoria de mí**». En Mateo 26 no hay ninguna instrucción de Cristo para que sus discípulos repitan esta ceremonia. Se presenta como un evento único. No existe ninguna instrucción en Mateo ni en Marcos de que este ritual del pan y el vino debiera repetirse como memorial de Yeshua. Sin embargo, tal instrucción sí existe en Lucas 22. Entonces, ¿por qué en el Evangelio de Lucas se refiere al pacto del que habla Yeshua como “nuevo”, y se indica que el tomar el pan y el vino debe ser un memorial repetido en su honor, mientras que los otros Evangelios no lo hacen? El nexo de unión debe ser el midrash de Pablo sobre el tema. Recordemos que Lucas, el autor del Evangelio, es el mismo Lucas, compañero de viaje y discípulo de Pablo. Lucas escuchó esta interpretación de Pablo y, por lo tanto, cuando escribió su Evangelio, parece que incorporó la interpretación de Pablo sobre el significado de la Última Cena, tal como lo acabamos de leer en 1 Corintios 11.

Volvamos a leer Mateo 26:29. Esta declaración es también una profecía de su muerte y resurrección, aunque sin duda los discípulos no la entendieron así en ese momento. Es decir, la razón por la que no volverá a beber vino es porque tal vez le queden tan solo 16 horas de vida. ¿Podría significar esto que no volverá a celebrar la Pascua hasta después de su muerte y resurrección? ¿Pero lo hará más adelante en el Reino de los Cielos? Sí, podría ser, pero no sé si es así. Es bastante ambiguo.

Una de las conclusiones importantes de este versículo se encuentra al final, cuando Él habla del Reino y de quién es su dueño: Su Padre. Cristo nunca llamó al Reino de los Cielos «Su Reino», y nunca debemos pensar en él como tal. Él lo gobernará con toda autoridad; pero lo hará como representante de Su Padre.

No puedo concluir la lección de hoy sin resumirla y situarla en el mejor contexto posible. Isaías 53 lo hace de una manera mucho más elocuente de lo que yo jamás podría expresar.

LEAN TODO EL CAPÍTULO 53 DE ISAIÁS

Continuaremos con Mateo 26 la próxima vez que nos reunamos.